



DE LAS DOS ESPAÑAS (37)

Ilustres exiliados

RAMÓN MARURI
Universidad de Cantabria.
Real Academia de la Historia



Problema también de profundo calado para la Dictadura le planteará un sector del ejército. La entusiasta acogida del golpe de Estado de Primo de Rivera por parte de la práctica totalidad de los oficiales se consolidó con el triunfo de las armas españolas en Marruecos; sin embargo, no todo será unanimidad, pues al dictador se le abrirían cuatro frentes de conflicto.

El primero venía de antes del desembarco de Alhucemas en 1925, al haberse producido un desencuentro entre los militares 'africanistas' y los 'peninsulares' –favorables éstos, como en principio defendía Primo de Rivera, al abandono del Protectorado–.

El segundo lo constituirá la extrema protesta protagonizada en 1926 por los oficiales de Artillería, arma privilegiada respecto a las de Infantería y Caballería, dada la elevada cualificación técnica de sus integrantes. Eran las de Artillería aguas procelosas como para meterse en ellas sin calcular bien los riesgos. Los artilleros defendían irreduciblemente, conforme venía siendo tradición, mantener un riguroso orden cerrado de ascenso en el escalafón por antigüedad, al margen de los méritos contrarios en el campo de batalla, favorable esto a los africanistas. Primo de Rivera, en un ejercicio de arbitrariedad, puso fin a dicha tradición, generando la protesta de aquéllos, respondida por el dictador con la suspensión del cuerpo de oficiales. Por solidaridad con ellos, muchos oficiales de Infantería y de Caballería se sumaron a la protesta.

El tercer frente de conflicto entre el ejército y la Dictadura fue la utilización, igualmente arbitraria, de los ascensos por parte de Primo de Rivera como un medio de pago de lo que él tenía por lealtades y deslealtades a su persona, es decir, al Régimen; entre el generalato hubo voces que expresaron su malestar por entender, como sostiene Raymond Carr, que Primo de Rivera se servía del ejército como si de un partido político se tratara.

Y el cuarto frente de fricción se produjo en la más alta institución del Estado: la propia Monarquía, al manifestar Alfonso XIII su desacuerdo con cómo había actuado Primo de Rivera con los artilleros, además, sin haberle consultado, siendo el rey comandante en jefe del ejército. No obstante, nada



Unamuno (marcado con una X), con Blasco Ibáñez y Esplá a su derecha, y otros amigos en París.

Dictadura de Primo de Rivera. Un grupo de intelectuales, volcados hacia el republicanismo, se instala en Francia para combatir al Régimen con la palabra

hizo por reparar la ofensa al arma de Artillería, empujando a un sector de los militares a posicionarse contra la Monarquía.

Tercera cuestión universitaria

Veamos ahora otro problema, éste en el ámbito de la cultura, al que hubo de enfrentarse la Dictadura primorriverista; digamos que se trata de una nueva, llamémosla, 'tercera cuestión universitaria –recuérdense las de 1865 y 1875–. El origen bien puede situarse en 1924, cuando Primo de Rivera, así lo vimos, daba ya pruebas de que no había llegado al poder, como manifestó públicamente, con la intención de abandonarlo pronto, sino de permanecer en él e institucionalizar la Dictadura y, con ella, el autoritarismo y el corporativismo; la transformación del Directorio Militar en Directorio Civil, así como las instituciones que este último creó –sobre todo la Asamblea Nacional Consultiva– no daban lugar a la más mínima duda. Entre los intelectuales, procedentes tantos de ellos del krausismo, de la ILE y del 98 e identificados en un principio con el golpe de Estado en favor de una anhelada normalización de la vida social, comenzaba a cuestionarse el Régimen, exigiéndose la reorientación del Estado hacia el constitucionalismo. Una de las voces más tempranas en cuestionar el Directorio Militar, y hasta la propia Monarquía, por su aceptación del gol-

pe de Estado, será la de Miguel de Unamuno; cuestionamiento respondido con una Real Orden del 20 de febrero de 1924 mediante la cual era cesado como vicerrector de la Universidad de Salamanca y decano de su Facultad de Filosofía y Letras, siendo apartado de su cátedra de Lengua Griega. Desterrado a Fuerteventura, es indultado cinco meses después, decidiendo trasladarse a Francia con la promesa de no regresar a España hasta que la Dictadura sucumbiera, como así hizo en 1930.

No estará Unamuno solo en Francia, puesto que otros españoles contrarios a la Monarquía de Alfonso XIII y al régimen de la Restauración residían ya en tierras galas; éstos, junto a otros que vayan llegando, escribirán una nueva página de la multiseccular historia del

Miguel de Unamuno se pone al frente de los disidentes e inicia una campaña de acoso publicitario contra la Dictadura

exilio político español. Eduardo González Calleja establece un primer tiempo dentro de él que abarca finales del siglo XIX y comienzos de la segunda década del XX; sus protagonistas serán, en su mayoría, integrantes del anarquismo terrorista y del republicanismo que contarán, por ejemplo en París, con el apoyo de otros grupos europeos de idéntica ideología, ejemplo de 'hermandad revolucionaria'. En el sur de Francia, en el entorno de los Pirineos, había en 1910 miles de jóvenes, sobremanera catalanes, huidos de España desde el año anterior como consecuencia de su negativa a incorporarse al ejército de África y de librarse de la represión desatada tras la 'semana trágica'. Ese mismo autor distingue, tras la finalización de la I Guerra mundial, un nuevo tiempo en la emigración política española al implantarse la Dictadura de Primo de Rivera. Entre otras características, se trataba de una emigración formada por cuatro corrientes: la anarquista, la más numerosa y activa; la del catalanismo independentista, articulado en torno a la figura de Francesc Macià; la de representantes de la vieja clase política, transterrados voluntariamente que reivindicaban el retorno a la legalidad constitucional del liberalismo –caso, por ejemplo de Santiago Alba–; y la de los intelectuales y nuevos políticos –mayoritariamente profesores, literatos, perio-

distas y juristas–, volcados hacia el republicanismo. Mientras que las dos primeras corrientes apostaban con preferencia por la vía revolucionaria –levantamiento en armas de fuerzas procedentes de Francia y planes revolucionarios con frecuencia de imposible ejecución–, las dos restantes se caracterizarán más por combatir la Dictadura con la palabra, aunque este recurso no era exclusivo de ellas, puesto que también se sirvieron de él otras corrientes y tendencias contrarias a la Monarquía alfonsina. En última instancia, lo que manifiestan unas y otras es el amplio frente opositor, en términos cualitativos, al régimen primorriverista.

Los nombres

A ese frente se incorpora Unamuno cuando, como avancé, llega en 1924 a París, tras su confinamiento en Fuerteventura, convirtiéndose, en palabras de González Calleja, «en uno de los exiliados españoles más populares de Francia» e iniciando «una campaña de acoso publicitario a la Dictadura». Ya en 1927, Unamuno y Eduardo Ortega y Gasset comienzan a publicar clandestinamente la revista 'Hojas Libres', que «gracias a la mayor fiabilidad de sus noticias, al prestigio de algunos de sus colaboradores, [...] al diminuto formato que facilitaba su pase clandestino a España y a la posibilidad de obtener suscripciones discretas, se transformaron en una referencia informativa obligada de la oposición a la Dictadura». En la línea de Unamuno y Ortega y Gasset se hallaban, entre otros, Vicente Blasco Ibáñez, Rodrigo Soriano –compañero de destierro de Unamuno en Fuerteventura– o Carlos Esplá Rizo, cuyo dilatado patrimonio cultural les permitía moverse en el pensamiento filosófico, literario, jurídico y político, al tiempo que difundirlo a través del ejercicio del periodismo. Estos y otros nombres, a diferencia de los políticos de la Restauración exiliados en Francia que reivindicaban el retorno a la situación constitucional previa al golpe de Estado de Primo de Rivera, defendían la superación de la Monarquía mediante la implantación de la República.

En lo que propuse se interpretase como la tercera 'cuestión universitaria', iniciada en 1924 con el apartamiento de Unamuno de su cátedra en la Universidad de Salamanca –un grupo de colegas suyos serán expedientados en 1926 por solidarizarse con él–, un segundo episodio se produjo en 1927.